

Presentación

Coetzee o de la complejidad

Hay por ahí una frase de Martin Heidegger –“La anécdota es enemiga de la razón”– que bien podría emplearse contra la mayor parte de la narrativa contemporánea. En realidad, pocas cosas más sencillas que detenerse ante una mesa de novedades, magullar algunas novelas y delatar su sobrada tontería. El uso de fórmulas y estereotipos en este libro. Los velos románticos, la tosca sentimentalidad, el feroz antiintelectualismo en este otro. El dócil fantaseo. El dócil costumbrismo. La idea, tan popular entre lectores y escritores, de que el género es menor y escapista, apenas un divertimento. La degradación ha llegado ya a tal punto que da pena que lo descubran a uno leyendo una novela. ¿Cómo explicarles que uno no ha claudicado ni lee solo para pasar el tiempo? ¿Cómo demostrar que la narrativa (como el ensayo) (más aún que el ensayo) es, puede ser, conocimiento –no una fuga sino otra manera de penetrar y comprender lo real?

Para convencer no es necesario dar marcha atrás y recurrir, otra vez, a los clásicos. Basta con acudir al que es, quizás, el más grande de los novelistas contemporáneos: J.M. Coetzee. Decir eso, que Coetzee es el mejor narrador en activo, es, a estas alturas, casi un lugar común; agregar que es, por lo mismo, uno de los dos o tres pensadores más potentes de la actualidad es menos ordinario. Pero de veras que Coetzee lo es. Primero, porque tiene de sobra aquello que uno espera de los grandes narradores –digamos: inventiva, originalidad verbal, rigor dramático, una fina comprensión del comportamiento humano. Después, y sobre todo, porque sus obras poseen un elemento –o mejor, una fuerza– que uno casi ha dejado de buscar en la ficción y ya solo demanda a los mejores ensayistas: tensión intelectual. No es nada más que uno pueda adivinar debajo de sus personajes y anécdotas un plan previo, una esmerada construcción conceptual que sirve

solo como combustible para un texto que ha de rebasarla. No es tampoco que sus libros, en especial desde *La vida de los animales*, estén tapizados de ideas y debates. Es, sobre todo, que en sus manos la narrativa es un medio al servicio de la inteligencia: un vehículo para perseguir, y felizmente no alcanzar, la verdad.



La pregunta obvia sería: ¿por qué la narrativa y no el ensayo? O de otra manera: ¿por qué Coetzee elige crear personajes y tramas aun cuando, en sus libros más recientes, no parece querer otra cosa que discutir ideas sobre –digamos– los animales, el erotismo, el mal? En vez de responder, habría que arrojar algunos apellidos: Kafka, Beckett, Borges, Michon, Jelinek –intelectuales que también han optado por pensar a través de la narrativa. O incluso: Benjamin, Blanchot, Barthes –autores que prefirieron filosofar no en el vacío sino mientras interpretaban textos ya existentes. Lo que impera al final, en unos, en otros y en Coetzee, es un mismo deseo: el afán de *encarnar* el pensamiento.

Para hacer eso, entretrejer pensamiento y ficción, los narradores suelen reblandecer los pasajes realistas y echar mano de la alegoría. No Coetzee, y ese es uno de sus rasgos distintivos: incluye, sí, elementos alegóricos en sus tramas –alguna casa alevosamente dispuesta en medio de ninguna parte, una enferma terminal que se consume al mismo tiempo que Sudáfrica– pero jamás atenúa su realismo. Cualquiera que lo haya leído conoce esa rara mezcla de literalidad y simbolismo, relato y especulación, materia y espíritu, que destaca y enciende a sus libros. Allí está, por ejemplo, *Vida y época de Michael K*: una novela que es a la vez *descripción* de un vagabundeo a través de Sudáfrica y *meditación* sobre la Sudáfrica que el vagabundo recorre. Allí está, también, la doble naturaleza de *Foe*: narrativa por un lado, reflexión sobre la narrativa por el otro. Allí está, por supuesto, la inusual combinación de *Esperando a los bárbaros*: naturalismo brutal, densa alegoría.

Otro recurso a la mano de todo aquel que pretenda pensar por medio de la narrativa es, ya se sabe, la adopción del punto de mira de uno o varios personajes. A primera vista parecería que Coetzee se oculta detrás de protagonistas más bien cómodos: humanistas enfrentados, de una manera u otra, a la barbarie —un magistrado en *Esperando a los bárbaros*, un profesor en *Desgracia*, Dostoievski en *El maestro de Petersburgo*, un par de escritoras en *Foe* y *Elizabeth Costello*, todos situados por seres ásperos y violentos. Basta, sin embargo, que transcurran unas pocas páginas para que los muros entre los bárbaros y los civilizados se fracturen. Es entonces, ya perdidas las distinciones, cuando ocurre el momento clave —el punto crítico— de casi todas las novelas de Coetzee: ese instante en que los protagonistas, todavía más o menos al margen del caos, deciden lanzarse al abismo abierto bajo sus pies. En *La edad de hierro*: ese segundo en que la protagonista, una vieja enferma de cáncer, acepta al mendigo y al perro que han ocupado su jardín. En *El maestro de Petersburgo*: esa página en que Dostoievski opta por acompañar a un implacable joven nihilista, camarada de su hijo muerto. En *Desgracia*: cuando el profesor David Lurie se niega a defenderse de una acusación injusta y soporta estoicamente el castigo. En *Elizabeth Costello*: el apartado en que esa mujer, una escritora ya anciana, se resiste a confesar sus creencias, único requisito para que se le permita cruzar una puerta hacia el Otro Lado.

¿Qué pasa ahí? ¿Por qué personajes en apariencia tan racionales actúan, de pronto, tan inexplicablemente? Pasa, en principio, que esos personajes no son, en el fondo, tan racionales —las criaturas de Coetzee abandonan, en los momentos clave, la razón y confían en su instinto. Pasa, también, que en las obras del sudafricano no imperan las mecánicas leyes del conductismo —no toda acción tiene una causa identificable, y lo que creíamos haber entendido en, por ejemplo, la página 37 de *Hombre lento* no necesariamente determina lo que ocurre en las páginas 39 o 92. Pasa, además, que dentro de la moral de Coetzee (porque se delinea, sí, una moral a lo largo de la obra de Coetzee) nadie es verdaderamente inocente —y, por lo mismo, qué sentido tiene intentar esquivar los problemas cuando uno, nada más por el solo hecho de existir y ser blanco o burgués o civilizado, o, para el caso, negro o explotado o rústico,

ya está en el centro del problema. Pasa, por último y por encima de todo, que el apetito de conocimiento, la necesidad de entender, arroja a los personajes de Coetzee hacia esos abismos —penetran la oscuridad porque ese, y no el frío raciocinio, es el único modo de comprender, de veras comprender, cualquier cosa.



Todo esto para llegar a esta frase: “Entendemos mediante la inmersión de nuestro ser y nuestra inteligencia en la complejidad” (*Elizabeth Costello*).

Si Coetzee es uno de los dos o tres pensadores vivos más importantes, es justo por eso: porque desconfía —como otros— del análisis distante, puramente racional, que acostumbra tanto las ciencias sociales como la mayoría de los intelectuales y porque se compromete —como nadie, con una vehemencia solo suya— con otra vía de conocimiento. ¿Hay que decir que esa vía se llama *narrativa*? ¿Hay que añadir que incluye, solo en la superficie, personajes y anécdotas y, en su núcleo, un severo desdén por la opinión y la certidumbre de que el fin de la escritura no es concluir sino explorar, no aclarar sino exhibir la densidad de las cosas?

Ya debe estar claro que un escritor así no anda por la vida brindando entrevistas, despidiendo juicios, firmando desplegados. Desde luego que Coetzee no lo hace. Rara vez participa en actos públicos —y si participa, se esfuerza en ser pálido y olvidable. Rara vez concede entrevistas —y si las concede, no habla de sus obras y se recluye, de pronto, en monosílabos. Rara vez emite opiniones —y si se le orilla a hacerlo, se escapa con su ya típica estrategia: leer un relato oscuro y zigzagueante (como el que preparó para la entrega del Nobel) cuando

todo mundo espera una declaración sencilla y repetible.

Si ya se sabe esto, ¿para qué molestarlo entonces con un correo electrónico y solicitarle imprudentemente una entrevista?

Porque también se sabe que la trama del hombre es compleja y que no hay modo de anticipar la reacción de nadie y que cualquiera, incluso el escritor más hermético, puede apreciar el resquicio que se le ofrece y decir sí y lanzarse y responder todo esto:

John Maxwell Coetzee (Ciudad del Cabo, 1940)

NOVELA

Tierras de poniente (*Dusklands*, 1974)
En medio de ninguna parte (*In the heart of the country*, 1977)
Esperando a los bárbaros (*Waiting for the barbarians*, 1980)
Vida y época de Michael K (*Life & times of Michael K*, 1983)
Foe (*Foe*, 1986)
La edad de hierro (*Age of iron*, 1990)
El maestro de Petersburgo (*The master of Petersburg*, 1994)
La vida de los animales (*The life of animals*, 1999)
Desgracia (*Disgrace*, 1999)
Elizabeth Costello (*Elizabeth Costello*, 2003)
Hombre lento (*Slow man*, 2005)
Diario de un mal año (*Diary of a bad year*, 2007)

AUTOBIOGRAFÍA NOVELADA

Infancia (*Boyhood: scenes from provincial life*, 1997)
Juventud (*Youth: scenes from provincial life II*, 2002)
Verano (*Summertime*, 2009)

ENSAYO Y CRÍTICA LITERARIA

White writing: on the culture of letters in South Africa
 (sin traducción al español, 1988)
Contra la censura: ensayos sobre la pasión por silenciar
 (*Giving Offense: essays on censorship*, 1996)
Costas extrañas: ensayos, 1986-1999 (*Stranger shores: literary essays, 1986-1999*, 2002)
Mecanismos internos: ensayos, 2000-2005
 (*Inner workings: literary essays, 2000-2005*, 2007)

La trama del hombre

Una correspondencia por correo electrónico: mayo - diciembre 2008

Asunto: Una propuesta desde Inglaterra

Querido profesor Coetzee:

Sé que es un tiro en la oscuridad enviarle un correo así, pero vale la pena intentarlo. Mi nombre es Arabella Kurtz y soy una psicóloga clínica que trabaja en el programa de doctorado de psicología clínica en la Universidad de Leicester. Antes que otra cosa, debo decirle que amo sus libros, y en particular la manera en la que logra mostrar estados mentales extremos y complejos.

Como parte de mi trabajo, organizo eventos de entrenamiento para los supervisores —psicólogos clínicos que trabajan para el Servicio Nacional de Salud otorgando plazas a pasantes. Le escribo para preguntarle si es posible que considere ser entrevistado frente a un público acerca de lo que se puede aprender de su trabajo desde una perspectiva psicológica (o hacer algo a través de un enlace de video o por correo electrónico). Ya he organizado un evento similar hace algunos años en el que tres psicoterapeutas conversaron con A.S. Byatt, Nick Hornby y Pat Barker para explorar áreas de interés mutuo. Si quiere, puedo enviarle la memoria que se publicó del evento.

Reciba mis mejores deseos,

Arabella Kurtz

Asunto: Propuesta

Querida Dra. Kurtz:

Muchas gracias por su misiva y la interesante propuesta que me hace.

Sospecho que no soy la persona adecuada para el evento. No soy un orador fluido y me cuesta trabajo hallarle el sentido a las preguntas. Además tengo dudas acerca de la valía de las opiniones que expresa mi persona pública.

Quizá pueda enviarme la publicación que mencionó y yo pensaré un poco más en el asunto —por lo menos acerca de la opción del correo electrónico.

Muchos saludos,

John Coetzee

Asunto: Propuesta

Querida Arabella:

Gracias por la publicación. Las tres entrevistas son muy interesantes, pero he confirmado lo que sospechaba: que no está en mí el realizar ese tipo de actos.

Esperaré a que me digas si hay otras posibilidades.

Muchos saludos,

John

Asunto: Propuesta

Querido John:

La última vez que participé en un acto público en vivo terminé exhausta. Sería un alivio no hacerlo así. En lugar de preguntas, pienso que sería mejor enviar por correo algunas ideas iniciales para ver cuáles de ellas quieres retomar. ¿Te parece esta una forma útil de proceder? ¿Y qué hay de tus honorarios?

Mis mejores deseos y muchas gracias por tu interés.

Arabella

Asunto: Colaboración

Querida Arabella:

Me alivia escuchar que tú tampoco gustas de los actos en público.

Antes de hablar de algo tan mundano como el dinero, pienso que deberíamos ver si somos compatibles. Permíteme hacer tres observaciones acerca de mí mismo: 1) He sido académico la mayor parte de mi vida laboral y cuando hablo de literatura lo hago como académico. 2) Una vez que escribo un libro, lo pongo tras de mí y no me gusta revisitarlo. 3) Nunca interpreto mis propios libros. Dejo eso a los lectores y los críticos.

Por favor mándame tus reflexiones y trataré de responder por lo menos a algunas de ellas. Si nos queda claro que no estamos llegando a ningún lado, o que empezamos a disgustarnos mutuamente, abandonemos todo. Si vemos que estamos avanzando, entonces sí hablemos de honorarios, medios de publicación, etcétera.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Colaboración

Querido John:

Me apenaría mucho molestarte, pero creo que hay más peligro en que sea demasiado cuidadosa y por ello diga muy poco. Tu sugerencia acerca de estar abiertos a la experiencia y a la posibilidad de darla por terminada me parece generosa y sensible.

Hay un par de cosas que quiero preguntarte antes de avanzar. ¿Preferirías una correspondencia, o que te envíe todo de una vez? Una correspondencia será mucho más vivaz pero necesitaría estar segura de que estás dispuesto a ello, y bajo qué parámetros. También, por favor me podrías hablar de lo que te interesa de este proyecto en potencia para poder orientarme en la plática y hablar contigo y no con los libros que quieres dejar detrás.

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Tus preguntas

Querida Arabella:

Preferiría una correspondencia.

Si puedo hacer aunque sea un poco por ayudar a la psicología a apartarse de su aspiración de convertirse en ciencia o, si ese intento falla, si puedo ayudar a demarcar un área donde las operaciones de la mente puedan ser exploradas por medios distintos a lo que llamamos método científico, estaría contento.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: La naturaleza de la psicología

Querido John:

Has apuntado hacia una área de encuentro posible al escribir acerca de tu interés por demarcar una área en la que las operaciones mentales sean exploradas por medios distintos al método científico. Mi primer impulso es ofrecer toda suerte de experiencias y opiniones. Pero pienso que sería mucho más sensato resistirme porque me interesa saber por qué este asunto es importante para ti.

Mis mejores deseos,

Arabella

Título: La naturaleza de la psicología

Querida Amanda:

Brevemente, porque pienso que la razón/racionalidad es solo un aspecto de la mente (aunque hipertrofiado en los seres humanos). Del mismo modo que sería un error limitar las investigaciones de la mente a explorar su facultad de razonar, así también creo que es un error decidir que la única facultad que puede realizar estas exploraciones es la razón.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: La naturaleza de la psicología

Querido John:

Soy Arabella, no Amanda, aunque esto hace que me sienta menos mal por haberte enviado por error un correo electrónico sin terminar.

Escribes acerca de tu deseo de salvar a la psicología de sus aspiraciones científicas y acerca de la razón como uno más de

los aspectos de la mente y no el único medio de exploración. Asumí que la otra facultad a la que te referes es el inconsciente. Pero, después de pensarlo más, me pregunto cómo describirías este aspecto de la mente que no es la razón.

Escribes que la razón está hipertrofiada en los seres humanos. Yo no la veo como sobredesarrollada sino como sobrevalorada. ¿No hemos hecho de la razón un fetiche en Occidente? Invocamos su autoridad continuamente, al tiempo que somos constante y terriblemente poco razonables (nuestra lentitud para entender las consecuencias del calentamiento global es solo un ejemplo). Pienso que hay mucho más en lo que quisiste decir.

Tu comentario acerca de explorar los aspectos no racionales de la mente con la mente misma me hace pensar en la ciencia analítica contemporánea en el Reino Unido. Los analistas kleinianos y de relaciones objetales han moldeado un tipo de trabajo analítico en el que la relación aquí y ahora entre analista y paciente tiene un lugar prominente, se promueve mucho la apertura del analista hacia las comunicaciones inconscientes de los pacientes, y los sentimientos y fantasías del analista, con respecto a su paciente o en respuesta al material de este, se consideran una ventaja para el entendimiento analítico. Me pregunto si este es el tipo de trabajo psicológico que te interesa o no; si el psicoanálisis es tu tipo de psicología o tienes otro en mente.

Espero saber de ti pronto.

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Respuestas

Querida Arabella:

Disculpa ese resbalón. Lo raro es que “Arabella” tiene, en mi mente, el pelo largo, negro y ensortijado, mientras que “Amanda” es siempre rubia, y sin embargo a ti te veo con el pelo negro.

En efecto, no era en el inconsciente en lo que pensaba, sino en la capacidad para experimentar simpatía. En otras palabras, estaba pensando en términos de una psicología más antigua: la simpatía como un poder que permite que uno se proyecte en la subjetividad del otro, y pensar y sentir desde él o ella. La simpatía, me parece, es algo sencillo para los humanos, pero no excluyo las relaciones de simpatía con animales—la simpatía que va en ambas direcciones.

Ilustro mi aserto acerca de la razón con un ejemplo extremo. Tener comercio con una computadora (más específicamente, con el software; aún más específicamente, con el flujo de lógica codificado en el software) no es un proceso unidireccional en el que yo uso la computadora y la computadora no me usa a mí.

Al contrario, a través de ese comercio extendido mi forma de pensar se infecta, por decirlo de alguna manera, de la hiperracionalidad de la lógica binaria (uno/otro); en otras áreas, por consecuencia, el ser puede quedar poco desarrollado. No por nada el nerd se ha vuelto un tipo muy reconocible dentro del espectro social.

Estoy en la cómoda posición de no tener que fijar una posición teórica coherente acerca de la psicología. En cuanto al psicoanálisis freudiano, ahora tiendo a pensar que era una práctica adecuada para la gente (pacientes) en la *Mitteleuropa* de Freud, pero también que fue una práctica que emergió de un modo de vida *mitteleuropeo* y aprender de ella ahora es cada vez más difícil. Acerca del análisis de relaciones objetales, no sé suficiente. En términos más amplios, pienso que uno puede ayudar a la gente que está atorada (en el sentido de un disco que está atorado) contándoles (o logrando que ellos cuenten) una historia sobre sí mismos que puedan creer y a su vez contar a los demás con una buena posibilidad de que también estos la crean.

En el correo que enviaste por descuido haces referencia a la invención de personajes de ficción. “Invención” no es la palabra que yo usaría. Para mí es un asunto de armar un patrón de clichés (lo ya escrito) y esperar pacientemente a que aparezca el indicio, el momento en que el “personaje” diga sus propias palabras; después de esto, permitir que esas palabras crezcan y crezcan; y finalmente, borrar todos los clichés previos porque ya no son necesarios.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Simpatía

Querido John:

Claro que tengo el pelo oscuro: ¡mi madre es mitad hindú!

¿Hay alguna razón por la que usas la palabra simpatía y no empatía?

Dos de las cosas que escribes –la capacidad humana para identificarse imaginativamente con el estado mental de otra persona y, como escritor, la espera hasta lograr atravesar el cliché para desarrollar un personaje– parecen ser procesos interconectados. Ambos en el fondo contienen algo de magia, están en contacto con algo fuera del ser que no puede ser reducido al ser o a sus términos para crear algo nuevo. En mi mente, eso puede ser una novela o cualquier otro medio artístico, o una buena terapia o un acto de entendimiento cotidiano (que no ordinario).

Escribes que la simpatía es una cualidad humana universal. ¿No es más bien una aspiración, algo que, a nivel tanto individual como social, estamos en riesgo de no alcanzar? (Esto que escribo da a entender que la simpatía requiere de un esfuerzo activo, cuando quizá la receptividad sea la cualidad necesaria.) Quiero preguntarte sobre lo que piensas acerca de las condiciones que nutren la simpatía/empatía, pero esto es más bien una digresión porque hay una línea de pensamiento que quiero seguir. Cuando uno se imagina en el otro, me parece que algo acontece que no tiene que ver ni con uno mismo ni con el otro, es una cosa nueva que es más que la suma de sus partes. No es que una persona entre en el espacio de la otra, es que algo sucede en el espacio entre las dos (y esto vuelve irrelevante

el hablar de un novelista que escribe completamente desde su propia experiencia, o que crea algo totalmente ficticio). ¿Podrías describir con mayor amplitud este proceso?

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Para continuar

Querida Arabella:

Hablaba de empatía. Empatía es una palabra de reciente creación, acuñada para traducir el vocablo alemán *Einfühlung*. Su aparición más temprana, según el *Oxford English Dictionary*, data de 1912. Simpatía solía significar lo que empatía significa ahora, hasta que simpatía empezó a usarse en el sentido de sentir tristeza porque alguien más se siente triste (“Tienes mi simpatía”); en otras palabras, para traducir el vocablo alemán *Mitgefühl*. Uso la palabra simpatía cuando puedo porque hay todo un corpus de textos escritos acerca de la simpatía (= empatía), particularmente del siglo XVIII, y sería una pena alejarse de él. En una ocasión me topé con una palabra rusa que parecía dar en el blanco incluso con mayor exactitud, *vzbivanie*, vivir en o dentro (de alguien más), pero no la encuentro en mi diccionario ruso, así que quizá sea un neologismo.

Magia no es un mal término. El tipo de momento acerca del que escribí no se puede forzar, y no hay sistema para evocarlo. Puedes, sin embargo, estar pendiente de su arribo, y ser receptivo cuando este llegue; parte de la adquisición de experiencias es el cultivo de una atención en la que no hay ansiedad (en otras palabras, si no viene hoy, vendrá después). No creo que sea descabellado decir que durante la terapia, uno (el terapeuta) espera y en cierto sentido practica una magia similar. También diría que estar atento al momento es la esencia de hacer el amor: atención no al otro, sino al momento entre los dos, al momento que ninguno de los dos por sí solo podría hacer que aparezca.

Pienso que la empatía/simpatía es una cualidad universal, o por lo menos una potencialidad universal. Si debe ser específicamente humana, no lo sé. Las parvadas de aves o los bancos de peces, por ejemplo, para no mencionar a las hormigas o a las abejas, parecen funcionar únicamente con simpatía. Sí creo que en los humanos se pierde con facilidad, o que necesita ser cultivada para florecer, quizá particularmente necesite ser cultivada durante la infancia. Lo que quería enfatizar es que no descarto que haya simpatía (en el sentido de empatía) entre los seres humanos y otras especies.

No tengo palabras para describir lo que puede suceder entre personas, pero hablaré del fenómeno desde un ángulo enteramente distinto. El indicio o el punto de partida para un personaje, como muchos novelistas han testificado, puede ser algo bastante evanescente o trivial: un rostro extraño en una muchedumbre, por ejemplo, o algún gesto sorprendente. Por razones que no tienes claras, y que no tienes por qué tener claras, ese momento parece tener la cualidad de una pista: apunta hacia un secreto o una esencia; seguir esta pista, como lo haría un detective, te llevará a ese secreto o esencia o esencia secreta.



Objetivamente, el proceso que describo es uno de fantaseo, y estoy seguro de que el psicoanálisis tiene mucho que decir al respecto: por qué te parece que este rostro o este gesto está tan lleno de potencial fantasmático. (La dirección del análisis, entonces, es hacia atrás, mientras que la dirección del fantaseo o de la creación de ficciones es hacia adelante.)

Pero hablo de esto para llegar a otro punto: que la terapia responsable no puede permitirse tomar como punto de partida una palabra o un gesto o una postura de parte del paciente y fantasear con ella del modo en que un escritor podría, y se espera que así sea, hacerlo.

Es por eso que dije antes que el tipo de historia que el terapeuta le cuenta al paciente, o que ayuda a que el paciente se cuente, debe de ser uno que el paciente pueda creer y que también otras personas puedan creer. En otras palabras, debe estar sujeto a la realidad de la historia del paciente.

Lo mejor,

John

Asunto: Ideas en respuesta

Querido John:

Nuestro intercambio acerca de las condiciones que permiten que algo nuevo suceda cuando dos mentes se encuentran tiene que ver con la práctica terapéutica. Dentro de los servicios clínicos, algunos practicantes expresan sentimientos de incomodidad producto del poder y la responsabilidad depositados en ellos, mientras que otros parecen estar perfectamente cómodos con eso. Espero estar firmemente del lado de quienes se oponen a los abusos de poder en los servicios de salud mental. Sin embargo, no creo que ayude el hecho de que, en la búsqueda de

una compensación por estos abusos, acabemos llevando todo al extremo opuesto. Si el propósito del trabajo terapéutico es la creación de un entendimiento compartido de las dificultades del cliente, logrado del modo abierto y receptivo que hemos descrito, entonces ambas partes tienen que descubrir o permitir el desarrollo de una importante cantidad de autoridad personal. O no hay dos mentes presentes y capaces de producir esa tercera cosa. Quizás autoridad sea una palabra equivocada. Plenitud del ser, frase que usas en *La vida de los animales*, es mejor.

Hablas de cómo el poder de la empatía se pierde fácilmente en los humanos. Esto me hace pensar en los apegos apasionados de la infancia, la sensación de contacto con la gente y las cosas en cuerpo y mente. Los niños se identifican fácilmente con los animales y con criaturas mágicas e incluso con objetos inanimados. Estoy segura de que conoces la perspectiva psicoanalítica que dice que los niños se identifican con animales y objetos de esta manera porque proyectan sentimientos en el otro que no han logrado reconocer como propios. Así que, en un sentido, el animismo de los niños y la afinidad que sienten con los animales son una muestra de inmadurez psicológica; en este caso, la proyección del ser estorba el contacto en lugar de facilitararlo.

Si se sigue esta línea de pensamiento, uno llega a la noción de que, entre menos se necesite proyectar sentimientos fuera de uno mismo durante el desarrollo, más abierto se estará a la comunicación con la gente y las cosas fuera de uno mismo; es decir, a una comunicación basada en el autoconocimiento y en la experiencia de la otredad de los otros. Pero esto no es verdad en mi experiencia; no puede ser la única historia. Quizás el peligro está en que al perder nuestra primitiva necesidad psicológica de los otros, de humanos, animales y objetos que

nos rodean, en lugar de acercarnos, nos apartamos cada vez más de ellos. Adquirimos autoconocimiento y autosuficiencia, pero nos aislamos más. Esto no debería ser así, pero con frecuencia lo es. ¿Qué opinas?

Quizás al escribir novelas o al participar en una terapia (o simplemente al vivir) el ideal sea mantenerse en contacto con aquella empatía primaria al tiempo que involucramos en la situación las partes más adultas de nuestra mente: disciplina estética, en el caso de la escritura de novelas; la responsabilidad de trabajar por el bien del paciente, en el contexto clínico.

Espero tu respuesta,

Arabella

Asunto: Responsabilidad

Querida Arabella:

El concepto clave aquí, a mi juicio, sigue siendo la responsabilidad. Tanto el terapeuta como el novelista se sienten responsables. Pero la responsabilidad del terapeuta, me parece, es con el paciente—el paciente individual, no la idea del paciente, no el Paciente Platónico. La naturaleza de la responsabilidad del escritor es mucho más difícil de ubicar. Sin duda no es con la persona en el mundo real que actuó como la fuente de su inspiración—comentarios de escritores atestiguan cuán libres (incluso exageradamente libres) se sienten para abstraer características de gente real y usarlas como desean.

Sugieres que la responsabilidad del escritor es ultimadamente estética. Puede que sea el caso—puedo tratar a este personaje como quiera siempre que contribuya a la confección de una buena novela—, pero para algunos, quizá muchos, escritores también parece haber una responsabilidad con lo real, con la construcción de un mundo que sea una versión del mundo real y (más importante aún) que haga que las particularidades del mundo real sean más visibles.

Me preguntas qué opino acerca del afecto infantil hacia los animales. No sé qué pienso acerca de eso. O por lo menos al intentar pensar lo que pienso solo hallo confusión. Al mismo tiempo, tengo mis reservas acerca de intentar imponer un orden a esta confusión. Filosóficamente hablando, soy reacio a usar la vida de los otros en favor de mi mejoramiento personal (un argumento kantiano). Me resisto a pensar que tengo mascotas (llamémoslas así) o, más exactamente, que les compro mascotas a mis hijos para que yo/ellos aprendamos a crecer como seres humanos. Filosóficamente hablando, pero también teológicamente e incluso (eso creo) hablando desde el corazón, pienso que todos merecemos nuestra propia vida (o, en caso contrario, nadie la merece). Así que quizá lo que pienso es esto: que así como me parece un poco tonto afirmar que mi conejo se vuelve un poco más conejo solo por estar en contacto conmigo, puede ser un error pensar que yo me vuelvo más humano por tener (quizás amar) al conejo. Pero al mismo tiempo, en un esquema más amplio (el esquema de Dios), el conejo y yo accedemos al ser de un modo más pleno al encontrarnos y (en algún sentido) reconocernos.



Estoy de acuerdo en general con tu último punto, con la salvedad de lo estético expresada arriba y una reserva adicional acerca de la frase “partes adultas de la mente”; espero que sea un eufemismo para algo más interesante. Temo que la moda actual por obtener imágenes del cerebro impactará en el modo en que hablamos acerca de la mente. Me alivia Freud, nunca satisfecho, con las incesantes revisiones a sus diagramas de la psique y sus procesos. El día en que tengamos el diagrama final de la mente es el día en el que hay que cerrar el negocio.

Lo mejor,

John

Asunto: Confusión

Querido John:

¿A qué te refieres con la frase “volverse más humano/más conejo”? Parece señalar algo importante para ti que no comprendo. Me temo que no hay demasiado detrás de mi frase “partes adultas de la mente”. La usé sin demasiada atención para referirme a la disciplina o el control de las emociones o las fantasías en favor de lo que con acierto has llamado responsabilidad. Pero claro que esto no es necesariamente un atributo adulto y no hay, hasta donde sabemos, una parte de la mente dedicada a ello.

Simpatizo con el desagrado que te provoca el uso psicológico de los débiles: animales en cautiverio, niños, adultos

vulnerables. Y, sin embargo, en parte de lo que dices me parece que hay una negación de la pulsión de necesitar –la necesidad de los demás y la necesidad de ser útil para los demás. (Después de leer *Vida y época de Michael K* en junio, pensé en escribirte sobre el desarrollo que ha tenido en el ámbito de la psicología la metáfora de la resistencia tal como se entiende en la física –la idea de que existe una fuerza en reacción a otra fuerza, en vez de o junto a la quizá muy mencionada idea de ataque y defensa. Tu escritura con frecuencia da la sensación de estarse definiendo o realizando en contra de un aspecto de una relación o del entorno. Sé que no quieres hablar de libros pasados, pero esta observación general puede ser relevante.)

Si pienso en los niños y en las mascotas que describías, yo también siento malestar por la explotación de la vulnerabilidad. Y el abuso que adultos vulnerables sufren a manos de otros adultos es objetable, obviamente. Pero si la relación de poder se invierte, se ve completamente distinta, así que me pregunto si es el abuso de poder lo que te desagrada. Me parece que los niños tienen una necesidad básica de usar a sus compañeros y a sus mayores para crecer y desarrollarse y esto se mantiene así de modo limitado a lo largo de la vida. Por otro lado, la necesidad de ser útil a los demás, que daría la falsa impresión de ser menos significativa, aparece más tarde.

Quisiera saber más acerca de lo que quisiste decir con el uso de los otros. Por un lado está la oposición real, en forma de control físico y mental, que sin duda no ayuda a nadie a mejorar. No creo que estuvieras hablando de este tipo de abuso. Pero puede ser parte de lo que piensas, ya que ha figurado en tu escritura. Luego está otra instancia totalmente distinta: nuestra necesidad básica de usar a los demás para ayudarnos a desarrollar, como la demanda física y emocional de un bebé para con sus padres. Según yo, la experiencia de emociones primitivas –ansiedades de sobrevivencia, desintegración, aislamiento– por parte del bebé requiere del uso del otro para que la mente y el cuerpo crezcan. Lo que se necesita del otro es que esté disponible para comprender la angustia a través de la identificación con el bebé, y la habilidad para ayudar con lo que se le ha comunicado. Pienso que este tipo de uso objetal consume tiempo y exige una entrega de uno mismo, algo que ha sido descrito por los psicólogos y por los padres de hijos pequeños.

Ahora estoy confundida porque pensé que tú estabas a favor de la apertura del corazón en la búsqueda de un entendimiento simpatético del otro, lo que me parece que es lo mismo que estar dispuesto a ser usado.

Hasta aquí es hasta donde puedo llegar, pero espero que me puedas ayudar a llegar más lejos.

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Respuesta

Querida Arabella:

He estado pensando en la importancia de que los niños pequeños tengan relaciones cercanas con animales, en particular con

mascotas. Si la relación entre los dos no es unilateral, y si el beneficio que el animal –digamos, un conejo– obtiene no es convertirse en un conejo “más completo”, en un conejo “más plenamente”, entonces el beneficio que un niño obtendría no puede ser el de ser más completa o plenamente humano. Sin embargo, y claramente, a menos de que tú y yo estemos muy equivocados, el niño se beneficia de algún modo de esa relación (y espero que el conejo también). ¿Cómo –o más interesante aún, dónde– ocurre este beneficio? Tendríamos que imaginar una esencia que sea más incluyente que la esencia humana o que la del conejo, y de la que tanto el niño como el conejo participen, y que se convierta en el *locus* de lo que, en el caso del niño, llamaría crecimiento –o en mis momentos más wordsworthianos, crecimiento moral– y, en el caso del conejo, X, donde X es algo desconocido para mí por razones de especie.

Me preguntas qué quiero decir con el uso de los otros. Me resulta difícil explicarlo. Por un lado creo que me sumo a la postura kantiana de no usar a otras personas en modos que no tomen en cuenta su cualidad de persona. Por otro lado, un bebé claramente no puede tomar en cuenta la cualidad de persona de su madre, ya que esa cualidad no tiene significado para el bebé (una de las razones debido a las cuales los niños pequeños no pueden ser tratados como agentes éticos). Después de pensarlo podría decir lo siguiente: es parte de la tragedia de la paternidad el que el amor de los padres no se reconozca como amor; es decir, que el amor entre padres e hijos es unilateral. Propongo esto tentativamente. Quizá me estoy refiriendo solo a niños pequeños; quizás un niño, al madurar, puede aprender a amar a sus padres también. Por otro lado, puede ser que lo que un padre sienta se base en el muy intenso pero simple impulso de (como dices) ser útil, mientras que lo que se desarrolla en un niño es mucho, mucho más complicado y más desgarrado.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Pensar desde el tercer espacio

Querido John:

Escribes acerca de convertirse en más humano. Para mí, lo que estás describiendo es la trascendencia de uno mismo: mejoramiento a través de empatía imaginativa/comunión con algo distinto y fuera de uno mismo, ya sea un objeto de la naturaleza, un animal u otro ser humano. Estoy segura de que los dos estamos hablando de una búsqueda de esta trascendencia basada en una ética de la empatía con el otro, y no con cualquier otra cosa, como en el caso del fascismo o el fundamentalismo religioso. Me interesa saber por qué te interesa dónde sucede esto por encima de cómo sucede. Creo que es verdad que esas personas que logran participar empáticamente con algo fuera de sí mismos generan, a su vez, un efecto transformador. Quiero usar el lenguaje de la trascendencia para describir el proceso sin invocar una entidad mística, porque me parece que eso sería errado o desatinado. Esto me lleva a preguntarte: cuando escribes acerca del *locus* de transformación, ¿te estás imaginando un

más allá (místico)? En el pensamiento psicoanalítico existe la idea de un espacio en la mente llamado el tercer espacio. Es un espacio mental disponible para aquellos que han negociado su complejo edípico y pueden ocupar una posición desde la cual observar otras relaciones, incluidas las propias. ¿Estás pensando en un espacio psicológico similar a este o en algo distinto?

Si trato de pensar en la relevancia de esto para la psicología y la práctica terapéutica, termino por pensar que perderse, o, mejor, que extenderse uno mismo al dejarse absorber por la vida de los otros, es sin duda una motivación subyacente y significativa para los analistas, por lo menos en mi experiencia. La gente puede asumir que hay algo poco sano en ese interés, algo que resulta de, y perpetúa, una evasión de los problemas de la vida propia. Ese puede ser el caso. Pero mi experiencia me ha mostrado que algo bastante distinto puede suceder en el encuentro terapéutico: uno se entrega a la experiencia del otro, lucha por integrarse a ella, aprende mucho, crea algo nuevo y después las dos personas –no se me ocurre una mejor manera de decirlo– se extienden, se hacen mejores en el proceso. En este sentido, hay otra cosa que vale la pena decir: si uno está demasiado fijo o casado con su propio enfoque en el trabajo terapéutico, las posibilidades de que un encuentro de este tipo tenga lugar se reducen bastante. Por esta razón sería útil que los pasantes conozcan los distintos enfoques y géneros. Los géneros artísticos me parecen tan limitantes como los científicos cuando son usados de manera repetitiva.

Quiero regresar a mi respuesta principal a tus argumentos, y lo quiero hacer pensando en la noción de amor objetivo y su reverso, odio objetivo, propuesta por Winnicott. No me gusta el uso que él le da a la palabra objetivo, cuando con ella quiere transmitir la idea de un amor que puede ser más o menos egoísta y motivado subjetivamente. Escapar a la subjetividad, creo, es una ilusión. Pero esta pregunta acerca de dónde colocarnos en relación con la experiencia se relaciona, me parece, con el interés que te provoca el lugar donde suceden los momentos transicionales. Las ideas de Winnicott me dan la impresión de ser una profunda elaboración psicológica de tu noción acerca de la cualidad de persona. En un artículo titulado “El odio en la contratransferencia”, Winnicott escribió que solo si un niño ha sentido odio objetivo será capaz de experimentar el amor objetivo, es decir, que en una relación, con un padre o un terapeuta, que promueva el crecimiento debe haber espacio para explorar todos los aspectos del ser. Este espacio es posible cuando el padre/terapeuta es capaz de pensar detenidamente acerca del hijo/paciente, distrayéndose con sus propias necesidades lo menos posible. En este esquema, la necesidad de ser amable puede ser una distracción del mismo modo en que lo sería un impulso más marcadamente egoísta. La objetividad en el esquema de Winnicott es similar a la trascendencia de uno mismo, excepto que él usa una metáfora científica y no una mística. Me intriga saber qué metáforas desarrollarías para entender el misterio de este pensamiento reflexivo/creativo y por qué es que elegirías una metáfora y no otra.

Estoy de acuerdo con lo que dices acerca de los padres y los hijos. Creo que un niño puede aprender a amar y no simplemente a necesitar –o a sentir la presión de necesitar– a sus padres, pero esto es algo que probablemente suceda, y quizá solo ahí deba suceder, en la edad adulta. ¡Me temo que es más raro de lo que querríamos pensar (hablando como hija y como madre)!

Espero saber pronto de ti.

Lo mejor,

Arabella

Asunto: Respuesta

Querida Arabella:

Dices que ambos estamos hablando sobre la trascendencia de uno mismo. No estoy tan seguro de que estemos hablando de lo mismo, o por lo menos no estoy tan seguro de que el lenguaje de la trascendencia no me llevará por un camino errado. Para mí, la trascendencia significa ir más allá del ser; y a pesar de que creo –o presiento– que hay algo “más allá” del ser, o “más grande” que el ser, no sé si uno puede llegar ahí, o permanecer ahí. Me parece que el wordsworthiano “presentimiento” es lo más lejos que podemos llegar: por un instante se abre el velo y uno tiene un instante de claridad; luego se cierra de nuevo.

Creo que la misma frase, “trascendencia de uno mismo”, contiene una trampa. Me parece que implica que hay un ser esencial o único, y que ese ser es por naturaleza falso; si no ¿por qué uno intentaría trascenderlo? Yo pienso que estamos trabajando incesantemente en la construcción del ser, o de los seres, incluso. Lo que no sé cómo describir es la relación entre esa entidad que trabaja en la autoconstrucción y el ser/los seres que construye. Mi suposición es que todo modelo que proponga un ser dominante de un orden distinto que los seres dominados que este construye será probablemente falso. Mi suposición es que todo el asunto es muy complicado y turbio.

¿“Dónde” sucede todo esto? Si planteamos esto como una pregunta de psicología, no estoy seguro de si podré dar una respuesta significativa; ni siquiera estoy seguro de que, en ausencia de un modelo topológico de la psique que compartamos, la pregunta sea significativa. En un sentido trivial, sucede en el cuerpo (el cerebro es parte del cuerpo). En otro sentido trivial, sucede en el universo (el cuerpo es parte del universo). Donde no sucede –y aquí creo que coincidimos– es en el ámbito del ser fuera del universo –por ejemplo, en el ámbito donde está el ser del Dios judeocristiano, creador del universo.

¿Por qué me interesa el dónde más que el cómo? Porque, como muchas otras personas (sospecho), tengo el presentimiento de que no todo es como parece. Porque, de nuevo como a muchas otras personas –personas en el sentido específico de seres humanos–, me aburre mi ser y quiero creer que cultivar –o incluso tener– un ser o varios seres no lo es todo en la vida.

Me parece que entender la entrevista terapéutica como un género puede ser muy útil si esto ha de abrir la mente del pasante a la existencia de otros géneros dentro de un sistema de transacciones verbales interpersonales.



La pregunta práctica es: ¿existen tales géneros (tales géneros serían aprobados por la profesión)? No sé mucho acerca de la entrevista terapéutica (me sorprendería que no hubiera una enorme cantidad de literatura profesional al respecto), pero sí sé que hay pocas cosas más constreñidas y restrictivas que la así llamada entrevista de forma libre, común en los medios.

No me atrevería, sin embargo, a generalizar acerca de los géneros y sus restricciones. No me parece que sirva agrupar en el mismo grupo a un género tan estrecho como la entrevista y a uno tan amplio como la novela.

Me interesaría saber cómo distingues entre la trascendencia de uno mismo y el escape de la subjetividad.

Escribes acerca del esquema de Winnicott, en el que la necesidad de ser amable puede ser una distracción en la terapia. Ser amable (comportarse de modo civilizado) o (como dirían los estadounidenses) sacarlo todo al aire. Pienso en esas películas de Hollywood en las que el héroe y la heroína se gruñen y escupen desde el momento en que se conocen, un signo infalible de que terminarán enamorados y probablemente casados. La hostilidad inicial es leída por la audiencia como un signo de veracidad: al luchar abiertamente con sentimientos que podrían dominarlos, al rebelarse contra la ficción de la amabilidad civilizada, los dos comprueban su estatus de héroe/heroína. La moraleja: gruñir y escupir. Mi punto: ¿cómo es posible saber, como terapeuta, si la hostilidad hacia el paciente es más veraz —menos dictada por el género— que la amabilidad?

No estoy seguro de que para intentar entender el pensamiento creativo mi primer impulso sea desarrollar una metá-

fora. Mi impulso quizá sería buscar maneras de dramatizar ese pensamiento al tiempo que sucede en la acción.

En las dos semanas desde que escribí lo que escribí acerca de los padres y los hijos he estado pensando en lo que dije y aún lo sostengo. Tropecé también con esta frase de Aristóteles: “Para algunas madres [...] ver bien a sus hijos parece bastar, y los aman incluso si estos, por su ignorancia, no les proporcionan de vuelta ninguna de las cosas que se deben a una madre.” No sé qué palabra en griego fue traducida aquí como “ignorancia”, pero para mí “desconsideración” habría sido más adecuada. Desearle a alguien el bien, desear lo mejor para alguien, desear que a alguien le vaya bien es visto por Aristóteles como la característica definitiva de la *philia*, que comúnmente se traduce como “amistad” más que como “amor”.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Paternidad y otras cosas

Querido John:

En tu último correo dices algo importante acerca del valor de verdad dado a la agresión en algunos aspectos de la cultura “terapéutica” moderna, algo con lo que he tenido que lidiar en ciertas interacciones con analistas. Me he expresado muy gruesamente al describir el artículo de Winnicott. Sin duda no estaba argumentado a favor de la hostilidad en la terapia, sino que trataba de describir una instancia de observación desde la que uno puede estar atento a una variedad de pensamientos y sentimientos hacia el paciente.

Quisiera volver a las ideas acerca de la paternidad. Yo también pienso que el deseo primario de los padres es ver a sus hijos crecer y florecer antes que buscar obtener de ellos el amor que uno busca en amigos y mentores. Pero pienso que este deseo o esta necesidad puede convertirse fácilmente en una imposición para el niño. Para mí la lucha está en discernir lo que significa para mi hija crecer —o mejor dicho, cuál es la naturaleza de su individualidad, qué significa para mi hija vivir su propia vida— y cómo esto puede diferir de lo que yo pienso. Esto puede ser tanto más difícil de lo que parece por las capas de comunicación en las relaciones cercanas (decir lo que no quieres, no decir lo que quieres, no saber lo que quieres decir), los puntos ciegos en todos nosotros cuando se trata de nuestros ideales más queridos, y el desafío de distinguir entre los momentos en los que tiene sentido escuchar la perspectiva independiente de un hijo y aquellos en los que es mejor hacer lo que uno cree que es mejor. Con esas ideas en mente, me gustaría saber más acerca de dos observaciones que hiciste: escribiste acerca del amor parental como algo trágico por la dificultad que tiene el niño para reconocer el amor de sus padres, y acerca de la experiencia de los niños como algo más desgarrado y complicado que la de los padres. Hablando como hija, pienso que cuando un padre ama a sus hijos, cuando intenta entenderlos y cuidarlos en sus propios términos y no se relaciona con ellos a partir de sus necesidades personales, esto es percibido como amor, incluso desde una edad muy temprana. Hablando como madre, pienso que algunas veces puede ser tremendamente difícil amar a tus hijos de este modo, aunque es algo que intento hacer.

Mencionaste no saber cómo describir la relación entre el ser constructor y el ser construido. En psicología hay un par de modelos en uso y me intriga tu reacción a ellos. En los sesenta, cuando la psicología clínica hizo su aparición, el modelo dominante era el del científico-practicante, mientras que ahora es el del científico reflexivo-practicante. En el Reino Unido la palabra reflexión es llevada y traída de aquí para allá en el Servicio Nacional de Salud: se han establecido grupos de práctica reflexiva para distintas profesiones relacionadas con la salud mental, y la reflexividad es una de las metas nacionales de aprendizaje en la formación de psicólogos clínicos. Existe un gran debate acerca del significado de la “reflexividad”, pero en un sentido trivial (para usar tu frase) obviamente implica al ser dividido del que hablabas, así como la habilidad de una parte de ese ser para observar y pensar acerca de la otra parte, y una de las suposiciones es que esto producirá un ser más considerado y eficaz.

Claro, ¡es completamente contradictorio que yo hable de trascendencia de uno mismo y luego diga que el escape de la subjetividad es una ilusión! Sin embargo, tú hablas de tu resistencia a la fórmula “trascendencia de uno mismo” pero también hablas de tener presentimientos de algo más allá del ser. ¿Es que no se puede tener ambas cosas? Y por favor cuéntame más de cualquier otro presentimiento que hayas tenido.

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Diálogo

Querida Arabella:

Sin duda, el deseo parental de que los hijos florezcan puede convertirse en una imposición, pero lo es más en las modernas sociedades occidentales. Los ritos de pasaje, me parece, donde sea que aún existan, sacan de la órbita parental la madurez del niño y la llevan a la amplitud de lo social: el niño empieza a pensar más en cumplir con expectativas mayores y menos en la necesidad de satisfacer las aspiraciones de sus padres.

Escribes sobre la lucha para discernir lo que significa para tu hija el crecimiento personal. Dado que ni tú ni yo vivimos en una sociedad tradicional, no podría estar más de acuerdo contigo. A la lista de razones que has dado, por las cuales discernir en qué consiste la individualidad de un hijo es tan difícil, añadiría una más, que debo a René Girard. Aprendemos a desear imitando los deseos de la gente como la que queríamos ser (gente que hemos adoptado como modelos). Por eso, decidir si lo que nuestros hijos desean es lo que auténticamente desean (lo que sea que signifique la palabra “auténticamente”) no es sencillo. Con frecuencia implica identificar qué modo de desear han tomado como modelo; en nuestra sociedad el modelo puede ser otro ser humano, pero con la misma facilidad podría ser una figura imaginaria tomada de los medios.

Dices que piensas que un niño muy pequeño responde al amor con amor. Yo sospecho que tú y yo empezamos a distanciarnos en este punto, aunque esa divergencia puede ser solo semántica. En mi entendimiento del amor, este forzosamente involucra generosidad, una urgencia por dar; los sentimientos del niño pequeño que describes pueden ser descritos como confianza y necesidad. Claro que los niños pequeños dan enormemente: se dan a sí mismos, y uno está siempre agradecido por esto, pero dan sin estar al tanto de que lo están haciendo, casi siempre solo siendo ellos mismos.

No estoy familiarizado con el debate acerca de la reflexividad dentro de la comunidad terapéutica, pero me da la impresión de que es lo que en el pensamiento contemporáneo se llama “giro deconstructivo”: cada posición asumida debe ser acompañada de una reflexión acerca de dónde emerge esta posición y qué significa asumirla (un modo de pensar ejemplificado por Freud hace mucho tiempo). Una vez institucionalizado, el giro deconstructivo tiende, me parece, a volverse deprimentemente reductivo —por ejemplo, hay un motivo siniestro flotando detrás de cada acto aparentemente generoso.

En respuesta a tus comentarios sobre la individualidad y su más allá, mi postura es bastante simple. Pienso que la racionalidad tiene limitaciones —que, si concebimos a la razón o al razonamiento como una especie de máquina, hay cosas que esa máquina no puede hacer, no puede comprender, no puede descifrar del todo. Por fortuna no solo pensamos a través de la razón: hay una manera más intuitiva de pensar que da lugar a lo que llamo presentimientos —presentimientos porque es característico de estos indicios el ser difíciles de asir, de sostener. Es por eso que valoramos tanto la poesía

y la filosofía: al leer poesía y filosofía tenemos acceso a los presentimientos, intuiciones e indicios de lo que se llamaba las grandes mentes.

Lo mejor,

John

Asunto: Revisión

Querido John:

Gran parte de nuestra conversación ha tenido en su centro tu preocupación acerca de las limitaciones del entendimiento racional. No sé si tienes alguna idea de por qué, en este punto del tiempo y de la historia, la humanidad otorga tanto valor al entendimiento racional.

Dijiste al principio que el psicoanálisis fue relevante en un tiempo y en un lugar particular y que ahora está algo fechado (en su forma más clásica, quiero pensar). ¿Tienes algunas ideas de cómo se vería una psicología adecuada a nuestro tiempo?

También quisiera saber acerca de las cosas que has querido decir pero no has dicho hasta ahora, y en particular me interesan tus reflexiones sobre el hecho de mantener una correspondencia.

Espero saber de ti pronto.

Con mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: La experiencia hasta ahora

Querida Arabella:

Este diálogo vía correo electrónico ha sido mucho más fácil de lo que habría sido un intercambio cara a cara o hablado. Me permite volver a lo dicho, revisarlo y mejorarlo. Nunca he creído que las primeras palabras que salen, sin revisar, sean la verdad, “lo que uno quiere decir”. Este es otro modo de decir que soy, por constitución, un escritor.

¿Que si hay cosas de las que he querido hablar pero no lo he hecho? Deliberadamente no he releído nuestros intercambios, bajo el principio de que soy una persona distinta hoy (aunque quizás apenas distinta) de la persona que fui cuando comenzó nuestro diálogo, y parte de esa diferencia (quizá muy pequeña) ha sido producida por el diálogo mismo. Así que ¿de qué quiero hablar, ahora que se acerca el final, que no hayamos hablado ya?

Mi mente regresa a aquella famosa frase de Freud acerca de que hay cuatro personas en una habitación cuando uno cree que solo hay dos. Imagino que en el diálogo con un paciente el terapeuta tiene que estar tan al tanto como le sea posible de todas las presencias en la habitación, y quizás aspire a llevar al paciente a estar al tanto también. Quizás hay terapeutas que incluso hablen de “administrar” todas las presencias, aunque aquí solo estoy especulando.

Creo que es fértil pensar la escritura en términos similares: como un intento por escuchar del mejor modo posible todas las voces en la habitación (nuestra cabeza), y sentir todas las presencias fantasmales —no solo las voces y las presencias que

uno trae consigo como parte de su propio bagaje personal sino aquellas que uno (de acuerdo con una manera de verlo) conjura o inventa, o (de acuerdo con otra manera de verlo) canaliza.

Siguiendo mi resolución de no revisar nuestra correspondencia, déjame solo decir que espero que lo que dije acerca del psicoanálisis freudiano haya sido que, así como uno se debe aproximar a la psique de manera histórica, así el psicoanálisis clásico debe ser entendido de modo histórico. Es decir, entre más nos alejemos de la Viena de finales del siglo XIX, más remoto parece el psicoanálisis clásico. Pero este no es un argumento a favor de desechar a Freud. Es, en cambio, un argumento a favor de releer y reinterpretar a Freud.



En cuanto a mis ideas acerca de un psicología para nuestro tiempo, a estas alturas debes saber que estoy menos interesado en el futuro, en el presente incluso, que en el pasado. Acerca del futuro, y quizás acerca del presente también, uno solo puede tener opiniones. Expresé algunas opiniones acerca de las opiniones en mi libro *Diario de un mal año*, y no quisiera volver a ese tortuoso terreno de nuevo.

Por lo menos durante la fase más optimista de su carrera, Freud creía —y ahora me parece entrañable— que, una vez que entendemos el modo en que nuestro pasado determina nuestro presente, nuestro pasado deja de atormentarnos. Esta es una

creencia por la cual siento una gran simpatía, incluso cuando sé que la práctica terapéutica ha demostrado que es (en gran medida) falsa.

Aún así aventuraré una opinión, mesurada y esperanzada, a manera de nota al pie, sobre el tema de una psicología para nuestro tiempo (lo que sea que “nuestro tiempo” signifique en un mundo de tiempos múltiples): esa psicología pondría mucha más atención al estado de ánimo, el nombre laxo que le doy a la disposición total de uno ante el mundo en un momento dado. Esta noche, por ejemplo, estoy de ánimo melancólico, y eso se refleja en la manera en que te respondo. Mi rudimentaria psicología sobre los estados de ánimo se divide en cuatro categorías; cada una corresponde a uno de los cuatro elementos: tierra, agua, fuego y aire. La melancolía es un estado de ánimo acuoso. Porque el agua no da soporte, es difícil “tomar posturas” cuando se está en un humor melancólico (para decirlo con mayor claridad, uno “no está de ánimo” para tomar posturas).

Lo que nos lleva a tu otra pregunta acerca del valor que depositamos en el entendimiento racional.

Pienso que estarás de acuerdo en que “humanidad” en este caso es un término un poco extremo. Pero tienes razón al distinguir entre dar valor a la racionalidad y actuar tomando como base la racionalidad. Me gustaría responder a tu pregunta con seriedad, pero no puedo porque cuando mi mente se topa con este preciso “punto del tiempo y de la historia” quiero desternillarme de risa (sí, es muy posible estar de ánimo melancólico y percibir algunas cosas como hilarantes). Rara vez la gente—de hecho casi nunca—actúa basada en la razón: la gente actúa con base en impulsos o deseos o urgencias o incitaciones o pasiones o ánimos, y después maquillan sus motivos para hacerlos parecer más razonables. Sé que esta es solo una opinión, y lo que es más una opinión cómico-melancólica que para mañana ya no suscribiré. De cualquier forma te la ofrezco. Sería totalmente consistente con la psicología humana argumentar (¡y creer!) que la racionalidad es en este momento nuestra estrella polar—en el preciso “punto del tiempo y de la historia” en el que más actuamos como locos.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Respuesta

Querido John:

Espero que te sientas menos melancólico. Tus reflexiones acerca de las invocaciones de racionalidad en los momentos de intensa locura tocaron un nervio.

Me interesa lo que dices acerca de una psicología que ponga más atención al estado de ánimo. ¿Podrías decirme de qué modo esa psicología sería distinta de las psicologías actuales, ya que estas pretenden tomar en cuenta el estado de ánimo—¿en la práctica cómo serían distintas, por ejemplo? Y me interesaría saber cualquier otra cosa que puedas decirme acerca de tu rudimentaria psicología del ánimo: sus orígenes, y lo que significaría para mí como psicóloga pensar en el ánimo de este modo.

Estoy segura de que te has dado cuenta de que algunas veces te he pedido que elabores un poco más tus respuestas, que las ilumines a través de referencias a los detalles de la experiencia vivida—o de la dramatización en la ficción, algo que creo es más parecido al modo en que llevas un pensamiento al límite para ver cómo se desarrolla. Ya que tienes un don inmenso para dar vida narrativa a muchas de las ideas que hemos discutido, me sorprende tu reticencia a elaborarlas de ese modo; me gustaría saber qué opinas de esta observación.

Espero saber pronto de ti,

Arabella

Asunto: Continuación

Querida Arabella:

Quisiera distinguir entre melancolía y depresión—depresión del tipo que vuelve imposible el trabajo o el amor. La melancolía es un estado del ser en el que algunas personas se adentran o caen con mayor facilidad y frecuencia que otras. Le da un color oscuro y acuoso a todo lo que uno hace mientras dure, pero no es incapacitante. Puede ser parte de estar “en” la melancolía el querer estar “fuera” de ella, pero esto no quiere decir que se deba pensar como una aflicción.

No sé nada acerca de cómo la psicología actual lidia con los estados de ánimo. No obstante, déjame aventurar lo siguiente. Nunca estoy en un no ánimo; nunca estoy en un ánimo neutro; en cualquier momento estoy en un ánimo o en otro. Supongo que la mayor parte de la gente es así. Pero en las interacciones laborales, de hecho en toda interacción salvo en las íntimas, nuestro hábito es poner entre paréntesis el estado de ánimo, descontarlo—nuestro propio ánimo, el ánimo de nuestro interlocutor. Tratamos el estado o los estados de ánimo como algo ajeno al quehacer de la vida diaria. Con frecuencia, de hecho, los tratamos como un obstáculo inconveniente.

Una psicología que tome en serio el estado de ánimo formularía preguntas como: si A está en ánimo X, ¿qué tipo de ánimo debe tener B para que la transacción florezca? ¿Deben A y B estar en el mismo ánimo o, por el contrario, existe una tabla de ánimos que sugiere que cuando A está de ánimo X y B está de ánimo Y se llevarán increíblemente; mientras que si A está de ánimo X y B está de ánimo Z, es mejor quedarse callados?

Un ejemplo personal: cuando estoy de ánimo melancólico (acuoso), me place estar en compañía de alguien que esté en el mismo ánimo melancólico (aunque se logra muy poco), y me irrita estar con alguien de ánimo aéreo o terrenal. Estar con alguien que está en ánimo de fuego tiene el potencial de generar un conflicto o un gran despegue creativo.

No necesito señalar que el tomarse en serio el estado de ánimo significaría grandes cambios a la práctica terapéutica diaria. Incluso nos llevaría a pensar seriamente acerca del cultivo de los ánimos (si algo así es posible): cómo entrar o compartir el ánimo del paciente, o, por el contrario, cómo acceder a un ánimo que haga que la transacción sea mucho más creativa.

Veo los estados de ánimo como algo psicosomático en el sentido más profundo, y por eso pienso que entrar por fuerza de voluntad en un nuevo estado de ánimo no es algo fácil de hacer.

Acerca de los orígenes de esta “teoría” —que, como teoría, apenas si amerita ser tomada en serio—, estos obviamente están en la medicina antigua, de la que solo conozco la variante griega, y apenas un poco de ella. Estoy seguro de que hay versiones mucho más desarrolladas de lo mismo en la India y en China.

Una breve respuesta a tu observación final. Es muy fácil sacarse ideas de la cabeza. La teoría de los estados de ánimo que construí para ti no me tomó más de media hora. El tipo de ficción al que te refieres no sale de la cabeza. Es producto de años de reflexiones, durante las horas de vigilia y durante las horas del sueño, y es mucho, mucho más difícil de escribir sobre la página.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Estados de ánimo y los elementos

Querido John:

Aunque las aproximaciones terapéuticas que conozco sí incorporan el estado de ánimo, probablemente sea cierto decir que lo hacen aislándolo y viéndolo como un problema y no como un hecho de la existencia. Tu categorización de los estados de ánimo en función de los elementos me parece interesante, aunque hasta ahora algo abstracta. Asocas la melancolía con el agua. Por favor dime qué estados mentales asocas con el aire, la tierra y el fuego. No sé de ninguna filosofía/psicología oriental que vincule los estados de ánimo con los elementos como lo haces tú (aunque de esto no sé mucho). Pero el Yin y el Yang de la medicina china (la luz y la oscuridad) deben predecir la formulación freudiana de los instintos de vida y de muerte.

La conexión que haces entre tu versión de la psicología del ánimo y la medicina antigua me lleva a pedirte que hables un poco más de tu relación con el pasado, a la que ya has aludido un par de veces. ¿Puedes decirme un poco más acerca de por qué te describes como alguien más interesado en el pasado que en el presente o en el futuro?

Espero saber de ti pronto,

Arabella

Asunto: Elementos

Querida Arabella:

Aire: intelecto, abstracción. Fuego: movimiento, inquietud, apetito. Tierra: estatismo, resistencia, digestión.

El registro de cómo se ha imaginado la humanidad en el futuro es bastante decepcionante. Sería mejor hacernos a la idea de que el futuro se crea en gran medida por eventos inimaginables e impredecibles, por cosas que solo suceden. Los historiadores del futuro son, en general, un grupo triste en comparación con los historiadores reales, los historiadores del pasado.

Comparado con intentar adivinar el futuro, intentar entender cómo A nos llevó a B en el pasado es por lo menos una tarea intelectual sustantiva. A un nivel mucho más personal, siento —sospecho que como muchos otros intelectuales— una simpatía intuitiva con el principio freudiano de que uno no puede ser mejor sin antes entender cómo es que uno llegó a ser como es ahora.

Mis mejores deseos,

John

Asunto: Desarrollo

Querido John:

Estoy de acuerdo con el principio freudiano que describes y siento una fuerte necesidad de volver hacia atrás para poder ir hacia delante/desatorar/seguir una ruta distinta. No sé de qué otro modo emprender un viaje, aunque claro que no todo el mundo concibe el desarrollo en estos términos. Creo que la psicología personal juega un papel significativo en cualquier noción individual de desarrollo y es claro que habrá influencias formativas, tanto personales como sociales, en el modo en que la gente se aproxima a los asuntos históricamente. La historia de cada quien y las circunstancias históricas de nuestra vida deben afectar la necesidad de extraer sentido, así como el modo en que lo hacemos, del pasado.

Me interesaría recibir una última respuesta tuya, o cualquier comentario que quieras hacer a modo de conclusión.

Mis mejores deseos,

Arabella

Asunto: Los hermanos Karamazov

Querida Arabella:

Este ha sido un intercambio fértil e iluminador —te agradezco el haberlo sugerido.

Volteando hacia atrás, me alivia ver que (la mayor parte del tiempo) resistí el impulso de ser sistemático y/o consistente. Pienso en *Los hermanos Karamazov*, cuando el narrador distingue entre aquellos de nosotros cuyo pensamiento es desordenado, y aquellos cuyas mentes trabajan pulcra y eficientemente. El narrador pertenece (más o menos) a este último grupo: ve a los Karamazov como ejemplos cautelares de hacia dónde lleva el pensamiento desordenado. Escucho lo que dice. En cualquier caso, mis simpatías están con los Karamazov.

Mis mejores deseos,

John —

Arabella Kurtz quisiera agradecer a Nick Everett y Viv Osrin por sus útiles discusiones, que contribuyeron a su parte de la correspondencia.

Copyright © J. M. Coetzee, 2010. Derechos exclusivos. Publicado originalmente como “Nevertheless, My Sympathies are with the Karamazovs” en Salmagundi, primavera-verano 2010 Traducción de Pablo Duarte